

gráficas de los lugares por donde pensaba actuar y las montañas cercanas que le permitieran un refugio seguro para caso de apurada huida, de necesario reposo o de reorganización de su partida. Tampoco dejó olvidados los lugares donde podría abastecerse y encontró promesas de ayuda en algunos de los jóvenes más decididos de su residencia. Los preliminares necesarios para la acción, pequeña en su principio, que pensaba realizar fueron ejecutados cuidadosamente, porque habían sido muchos los decididos campeones de la independencia que lanzados a la lucha imprudentemente o sin los conocimientos y preparativos necesarios, encontraron el fracaso y el fracaso había sido la pérdida de la vida y las de sus hombres, pues los soldados franceses, siguiendo el injustificado y falto de todo derecho, criterio de Napoleón, consideraban a todos los guerrilleros como bandidos, brigands, o brigantes, como solían denominarlos los afrancesados, y el resultado era bien conocido en caso de caer prisionero, arcabuceados contra la tapia más cercana o ahorcados del árbol más próximo.

No le asustaban las privaciones ni los riesgos que tendría que sufrir a Palarea. Casi sacerdote y médico, su espíritu de sacrificio era completo, más aún que el de cualquier otro guerrillero, incluso el del cura Merino que tanta fama alcanzó por su sobriedad, que en general era de todos los españoles, de los que dijo el vizconde Naylies: «Les espagnols son très sobres: du pain, de l'eau et de cigarres leur suffiraient; mais ce dernier objet est de première nécessité».

Por fin llegó el día de tomar definitivamente las armas y llevar adelante su pensada decisión. Principio de duro pelear, continuo correr, frecuentes huidas ante enconadas persecuciones y sus consecuencias de fatiga, hambre, sed, frío y posibilidad de recibir graves heridas o de caer prisionero con el consiguiente fin de su espontánea carrera. El día primero de julio de 1809, sábado, salió Palarea de Villaluenga de la Sagra con una partida formada por once hombres pertrechados de caballos y armas y mantenidos a su costa, dispuestos a enfrentarse y resistir el vendaval napoleónico que azotaba toda la península ibérica. Esto, aparte del peligro ya señalado, significaba la renuncia a su cargo de médico, el abandono de su casa y familia, de sus estudios y comodidades y el alejamiento de su tranquila vida pueblerina. Pero, la Patria y el tiempo exigían los más duros sacrificios, y Palarea no dudó nunca, cuando lo creyó oportuno y necesario, en hacer lo que consideraba el cumplimiento de su deber.

Siete días más tarde (7-VII) realizaba su primer encuentro con fuer-